

# EL PEQUE



Año VI-Núm. 177

V A L E N C I A

Jueves, 14 de febrero  
de 1946

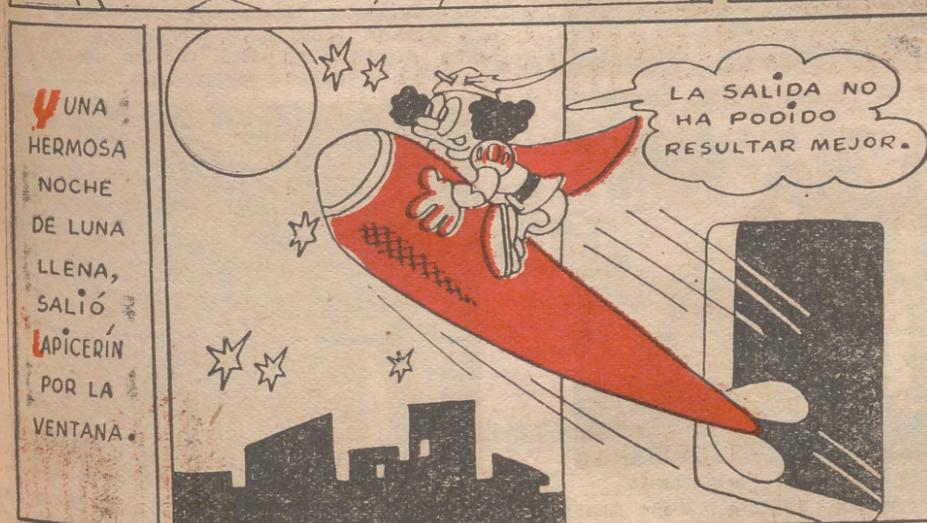
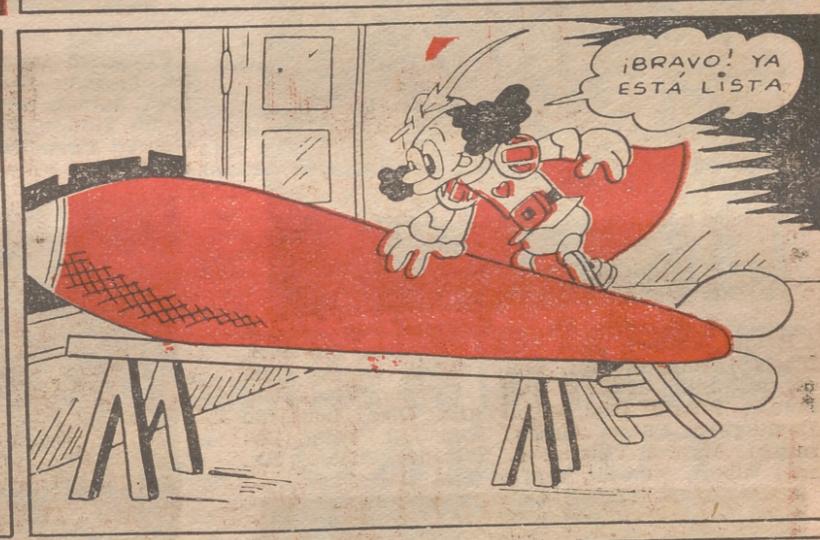
SUPLEMENTO INFANTIL DE *Jornada*  
DIARIO DE LA TARDE

## EL VIAJE A LA LUNA

DESDE QUE LOS PERIÓDICOS COMENZARON A HABLAR DE FUTUROS VIAJES INTERPLANETARIOS POR MEDIO DEL RADAR, LAPICERÍN SOÑABA CON LA LUNA.



TRAS DE MUCHOS ESTUDIOS, CONSIGUIÓ CONSTRUIR LA AVIONETA QUE LE HABÍA DE LLEVAR A LA LUNA.



UNA HERMOSA NOCHE DE LUNA LLENA, SALIÓ LAPICERÍN POR LA VENTANA.



# FALLAS INFANTILES 1946



Falla núm. 25. — Pizarro - Gran Vía. María Luria Joaquín Sierra, José Ruiz, Miguel Marín, Soledad Marín, Conchín López, Bienvenido Sierra, Julián Graullera Lolita García y Adelin Graullera.



Falla núm. 28. — Dominico Fray Juan Monzó Pedro Gracia, Alfonso Pérez, José Luis Olcina, Vicente Artés, Rafael Sánchez, Rialto Pastor, José Barba, Juan Beltrán, María José Sánchez, Paz Cánovas, Amparo Artés, Carmen Sanchis y Am-Ochando, Conchín Navarro, Maruja García, Paca Peregrinos, Dolores Mata, Pepita García, Isabel paro Beltrán



Falla núm. 33. — Cuarte - Rey Don Jaime Antonio Martínez, Rafael Igual, José Poma José Gironés, Antonio Real, Enrique Real, Peiró, Francisco Carbonell, Carmencita Caballero, Merceditas Forner, Carmen Sanchis, Almendra y Ramón Rochera



Falla núm. 36. — Barrio Don Bosco José M. Casal, Antonio Grancha, Salvador Villar, Francisco Gamón, Pepín Pérez, Bernardo Beltrán Juan Andrada, Antonio Martí, Antonio Palomino, Manolín Casal, Rafael Gaudiza, Francisco Villanueva, Joaquín Casal, José Carbonero, Pepita Pérez y Pilarín Gaudiza.



Falla núm. 37. — Barrio Don Bosco Francisco Corell, Arturo Faet, Ricardo Villarroya, Enrique Molins, José Olcina, Andrés Marín, José Agrasa, Francisco Gil, Ricardo Tomás, Ricardo Núñez, Joaquín Sara, Juan Molins, Juan Gabriel Cort, Florita Clarina, Rosalía Wurn, María Teresa Morales y María Pilar Catalá.



Falla núm. 38. — Plaza Calixto II José Navarro, Alberto Raimundo, José Camp Benjamin Blasco, Juan Alonso, Ramón Molins Francisco Navarro, Pascual Pérez, Mariano Berente, Luis Ancles, Antonio Pérez, Salvador Calá, Conchín Tomás, Encarnita Gómez, Marjín Pérez, María Villanueva y Adela Berente



Falla núm. 54. — Salvador Pau Rafael Ydrach, José Gascó, Josefina Martínez, María Dolores Ramos, Emilio Añón, Joanín Gascó, Maximino Blasco, Rafael Cebolla, Jesús Balaguer, Pilarín Giménez, Pilarín Díaz, Bernardo Domínguez, Rafael Ureña, José Gil, Félix Domingo, Marcos Villanueva, Salvador Albors, Rafael Albors, Enrique Espi y José Balaguer



Falla núm. 17. — Cuenca y Juan Loréns



Falla núm. 18. — Cuenca Vicente Ibáñez, Juan Escain, Victoriano López Joaquín Rovira, Juan Dutor, Víctor Gómez, Alfredo Calasanz, Mariano Gómez, Blanca Ferrández, Amalín Montesinos, Carmencita Sans, Luisa Alcaraz, Amparín Carrión, Mercedes Carrión, Juanita Montesinos y Finita Gascó



Falla núm. 88. — Gran Vía Germanias Francisco Díez, Armando Latorre, José Díez, Francisco Silla, Juan Albors, José Blasco, Juan Clavijo, Juan Vea, Vicente González, Luis González, Fulgencio Collado, Fernando Albors, José Lleó, Hermenegildo Les, Germán Boch, José Antonio Silla, Mari-Pili Asensio, Merceditas Rius, Pilarín Asensio, Amparín Raga, Emilín Pastor, María Elena Bellver, Maribel Latorre, Margarita Dorado, Isabelín Rius, María del Pilar Llácer, Amparín Sorribes y Mari-Pili Debón



Falla núm. 29. — Arbo y adyacentes Rafael Mira, Fernando Menosé, José Arnau, Clemente Carrasco, Simón Medina, Salvador Santafé, Francisco Gor, Manolo Mucalla, Manolo Vidal, Amparín Soler, Amparín Mañquez, Conchín Cisternel, Margarita Navalón, Julia López y Carmen Asensio



Falla núm. 36. — Beneficencia - R. paida - San Ramón Juan Berzosa, Francisco Ariza, José Navarro José Nacher, José Navarro, Vicente Navarro Bienvenido



Falla núm. 54. — Salvador Pau - Adyacentes Angelita Añón, Encarnita Ferrando, Remedios Torres, Lolita Mors, Pilarín Giménez, Manolita Oñra, Amparín Oñra, Elisa Giralt y Carmencita Fombuena.



Falla núm. 81. — San Vicente - Padre Jofré Ignacio Sáez, Vicente Sanó, Pilar Solaz, Juan A. Portolés, Vicente La Rosa, Lorenzo Soler, Gabriel Moncho y Paquita Moncho.



Falla núm. 4. — Encarnación - Eugenio Presidente, Manuel Mañez, cajero, Manuel Gome, contador, Julián Pérez, cobrador, Santiago Vergara, vocales, José Gironés, Vicente Vergara, Vicente Pastor, Fernando Gil y Julio Bala

# Colaboración INFANTIL

## EL



Falla num. 10. — Artes Gráficas y Periodista Badia



Falla num. 11. — Pepita Benloch Maseres, fallera mayor



Falla num. 12. — María de los Angeles Loras Parra, belleza fallera de la falla infantil de las calles de Cuenca y Juan Lloréns



Falla num. 17. — Cuenca y Juan Lloréns



Falla num. 26. — Falz, Marques dos Aguas

Era triste y pálida como el blanco lirio de los valles, con los grandes y saltones ojos embargados por la tristeza de saberse eternamente desgraciada. Más bien diríase que la Naturaleza se había ensañado en ella, negándole el más mínimo de los favores.

Era fea la niña. Más que fea, horrible, con su chata narizilla pegada sin gracia a la descolorida tez, sostenida por la torcida boca, que nunca aprendió a sonreírse; jorobadita y desgraciado el andar por una mal disimulada cojera. Tan sólo sus ojos, enormes y rasgados, acariciaban al mirar, igual a dos profundos pozos de dulce tristeza.

Vivía en compañía de su padre, un anciano violinista, que la adoraba intensamente, como si quisiera devolver a la niña, con aquel intenso cariño, los dones que la Divina Providencia le negó.

Muchas veces, al volver el viejo músico de su cotidiano trabajo sentábase al calor de la chimenea, y sentando a la niña sobre sus rodillas, acariciaba sus cabellos con ternura. Le contaba cuentos de hadas y genios, de valerosos caballeros y bellas princesas.

Ayudando la débil cabecita sobre su pecho, le hablaba de esta manera:

—Existe, allá entre las nubes un magnífico palacio construido con gotas de lluvia y rayos de sol, cuyo dueño es mezola de Dios y hombre. Se llama «El». Obra prodigios en los rufias buenas, otorgándoles cuanto desean ardentemente. Un día vendrá «El» y hará de mi hijita una linda muñeca como las demás chiquitas. Entonces podrás correr y jugar con las niñas del pueblo.

La niña callaba, y sus grandes ojos se llenaban de lágrimas, pensando que quizá «El» jamás se acordaría de ella, y tendría que vivir toda su vida encadenada a tan penosa desgracia.

Y pasaba un día, y otro, y otro y cuanto más tiempo transcurría, más sentía acrecentarse su esperanza.

Una noche, al dormirse, tuvo un sueño muy bello. Soñó que una corte de jóvenes pajes, vestidos de azul y blanco, transportaban una carroza de cristal hasta su puerta, invitándola a que subiera. Partió el divino coche, tirado por dos alados corceles, atravesando, en su veloz carrera, el cielo y las nubes, seguía un nebuloso camino formado por minúsculas estrellas.

Transcurrió mucho tiempo, mucho. Pero la niña no se dio cuenta de ello. Por fin sintió que el carruaje se detenía de su rauda vuela y descendió de la carroza. Jóvenes pajes, vestidos de azul y blanco la conducían a través del inmenso castillo de rayos de sol y mezclados con gotas de cristalina lluvia. Atravesó magníficos salones engalanados artificialmente con toda clase de colores, semejantes a los del arco iris.

Por fin llegaron al salón del trono. Era imposible imaginarse nada más portentoso. Sentado en un enorme sillón de oro y piedras preciosas, un jover, semejante a un dios, le envió una dulcísima sonrisa. La niña quedóse pasma-

da de admiración: «El» murmuró, contemplando asombrada el etéreo ser. Su cuerpo, esbelto y hermoso, se transparentaba a los rayos del sol; con cálido acento, habló a la niña en un lenguaje que no pudo entender; después, bajó del trono, aproximándose a ella besó con suavidad infinita la marchita frente. Un placer infinito la envolvió, y escuchó una música divina.

De repente, se estremeció su débil cuerpecito y entreabrió sus ojos, quedando despierta.

Con un grito de asombro, se aproximó a un espejo. Sus ojos estaban desmesurados de sorpresa. En lugar de la triste carita, en el espejo se reflejaba una hermosa cabecita, de pelo rubio y ensortijado; todas las facciones de su cara sufrieron una asombrosa transformación. Tan sólo conservó sus grandes ojos sonrientes, a través de los cuales se traslucía la

intensa felicidad que embargaba su pobre y atormentada alma.

Las viejas del lugar lo achacaron a cosa de brujería. Pero el anciano violinista, cada vez que contemplaba a su hija, sonreía feliz, murmurando: «El» hizo el milagro».

ALFONSO SERRANO  
Valencia del Cid, 19-1-46.



Pedro Marín  
12 años, Valencia



JOSE AGUSTIN  
13 años, Valencia.



Alfonso Serrano  
«As» amiguito n.º 297



Miguel Gayete  
14 años, Valencia

## JUEGOS

Ahí va un juego alegre, para numerosos jugadores.

Primero cortarse cierto número de cuadraditos de cartulina, igual al número de jugadores, menos uno. En cada cuadrado escribis una cantidad: 5, 15, 25, 50, o cualquier otra, sucesivamente. Luego ponés un sombrero en el suelo y os formáis en línea a cierta distancia y en él meteréis los cuadrados. Al grito de ¡Val!, corréis hacia el chapeo, del que habéis de tomar un cuadrado que os valdrá por el número que ostente. Siempre quedará un jugador sin cifra, y ha de procurarse en la próxima suerte resarcirse de su déficit anterior. El que llegue a sumar mayor cantidad en una serie de extracciones será el vencedor. El jugador que se quede sin cartón tendrá que pagar una prenda.



Falla num. 17. — Cuenca y Juan Lloréns

Pepita Benloch Maseres, fallera mayor.



FALLA NUMERO 26. — FALZ, MARQUES DOS AGUAS

Vicente Rosell, José Vilaplana, Bruno Ortín, Juan Antonio Jerico, Juan Romeu, Francisco Soriano, Pascual, Roca José Mora, Miguel Estrada, José Alemany y Andrés Hidalgo



Falla num. 65. — Cuarte Extramuros (Olivereta)

Vicente Palau, José Martínez, Ramón Fort, Pedrin Sáiz, José Simó, Mariano Ortega, Pedro Palau y Remedios Durá.

## FANATISMO

—¿Sus padres son católicos, señorita?

—Mucho, señora. Hasta demasiado. Mamá ha sido condenada recientemente a pagar cien se setas de multa por haber bautizado la leche que vendía.

## UNA EXTRAÑA COINCIDENCIA

Luis XIV, fué rey de Francia en 1643; la suma de estas cifras da 14. Murió en 1715, números que, al sumarse, dan 14, y tenía 77 años; siete y siete, 14.



Falla num. 57. — Arolas y adyacentes

Francisco Juan, Francisco Moya, Vicente Esteve, Rafael Pérez, Antonio Juan y Maribel Torres.

¿Cuál ha sido el primer país que ha organizado los primeros servicios postales aéreos?

Fué la República de Colombia, la cual organizó primeramente en todo el mundo los servicios postales aéreos de Baraquill-Puerto Colombia, el día 18 de junio de 1919.

## Locuciones latinas y extranjeras de uso corriente

—Se non è vero, è ben trovato. Si no es verdad, está bien hallado. Proverbio italiano que se usa indicando algo que no es verdad, pero que, al menos, tiene gracia.

Falla num. 57. — Arolas y adyacentes

Falla num. 65. — Cuarte Extramuros (Olivereta)

**N**o por asomo hubiese pensado aquella noche Rafael de Izu, que en los barrios pobres, los seres se morían de hambre, ni que en muchas casas habitadas por gente de clase media, la Nochebuena era una farsa carnavalesca, algo así como una borrachera de los sentidos para olvidar el mal pasar de ayer y acaso el peor de mañana.

Rafael de Izu era un «señorito». Por eso no pensaba ni había pensado nunca. Miradlo: arrellenado en el muelle asiento de su «Hispano Suiza», con brillo todo él; brillo en los zapatos de charol, brillo en su traje impecable de etiqueta, en sus manos blancas fulgores rojos de uñas esmaltadas y de joyas costosas, brillo en su pechera, brillo de masaje en su rostro de muchacho rico, brillo en su cabellera lustrada, malditas lucecitas de malos deseos en sus ojos, y luego, la chispa roja de su cigarrillo perfumado. No tiene, pues, nada de extraño que Rafael de Izu se considerara un hombre feliz.



Con ademán perezoso, mediano se incorporó del asiento para dar una orden al chófer, que aguardaba sentado frente al volante:

—Juan. Ya son las once. Llévame al Ritz.

Y el auto cómodo, confortable y lujoso, como un palanquín de la China, enfiló la solitaria avenida que une la Bonanova con la ciudad engalanada por los encantos de una noche navideña.

A través del vaho que se formaba en los cristales, Rafael miraba con indiferencia la bullanga y la alegría de la gente pobre en cuanto penetraron en el recinto urbano. Le molestaba y casi le ofendía aquel extraordinario ir y venir.

—«¿Qué poco necesitan los pobres para divertirse!» — murmuró en voz baja.

Y sus ojos se perdieron vagos en el gris anillaje del humo de su cigarrillo oriental.

\* \* \*

Céreo, el rostro de la mujer muerta sin duda, acusaba su perfil aquilino en la oscuridad de la pieza. Sobre un

camastro cubierto de harapos, aquel ser humano debió expirar con la dulzura de una luz que se extinguió poco a poco. En la pieza, mitad buhardilla, mitad desván, un frío seco, más imponente aun que el frío de la muerte, se habría metido en los huesos de quien hubiese osado permanecer allí. Hasta la algarabía de abajo, de la calle en fiesta, parecía no atreverse a llegar hasta allí. Sólo lo hablaba de la vida un jirón de cielo que se recortaba en la ventana, con su azul claro de noche de in-

chaquetilla raída y verdosa y murmuró como hablando consigo mismo.

—¡Tiene mucho frío!... ¡Voy a ver si recojo unos céntimos y compró carbón!...

Momentos después, el niño astroso y aterido, imploraba una limosnita a las gentes felices que volvían de los mercados presurosos, para preparar en sus felices hogares los suculentos banquetes pascuales.

¡Cuánto y cuánto anduvo sobre el asfalto helado aquel trémulo cuerpecito! Ya era

muerto de frío, todavía yerto y adormilado, exclamó:

—Pero, chiquillo... Eso es una locura. Aquí te vas a morir helado... ¿Cómo te dejaron tus padres?

El chico, ya despierto, respondió:

—No tengo papá, señorito. Mi mamá ha estado durmiendo todo el día y toda esta noche. Estaba muy fría y yo salí a pedir unos céntimos para comprar lumbre.

—Vamos, vamos. Y con el niño en brazos volvió al coche.

—Despacio, Juan —dijo al cerrar la portezuela.

Y, luego, acomodó al niño sobre sus rodillas.

—Ahora, cuéntame qué te pasa.

Un rosario de desventuras, una letanía de desgracias, fueron las frases del pequeño huérfano. Rafael escuchaba en silencio, sin comprender aún, como un niño tan débil pudiese resistir tanto dolor.

—Vas a llevarle carbón a mi mamá, ¿verdad?

—Sí, nene.

—¿Tú eres bueno como el ángel grande de la iglesia?

—Oye, ¿qué es eso del ángel?

—Verá usted. Rendido de correr por las calles, porque esta noche la gente no está para limosnas, pensé descansar un poco junto a la puerta de la iglesia. Hacía mucho frío. Me acurruqué contra las piedras y me quedé dormido. Pero antes de cerrarse mis ojos parecíome como si el buen ángel me mirara sonriente. Eso me dió calor y soñé cosas muy buenas: que mi madre descansaba

por fin, que yo tenía juguetes y abrigos como esos niños que veía por las calles que comía de las cosas buenas de que están llenos los escaparates... ¿Verdad que es un sueño muy bonito?

Rafael no contestó. Le lloraban los ojos. Lloraba mucho adentro por su corazón estéril, por sus sentimientos dormidos, por su bondad, por su quiosada... Y tuvo que hacer un esfuerzo para responder al niño.

—Sí, y vienes a mi casa y comerás dulces y tendrás juguetes, porque mi mamá, tu mamá, es buena como la tuya, te querrá mucho y luego irá a ver a tu mamá y procurará que nada le falte.

Sonreía el chiquillo sin saber por qué. Y es que las cosas buenas presienten la dicha, como se presiente una cosa nuestra que viene de lejos.

Rafael golpeó con los dedos los cristales del parabrisas del coche.

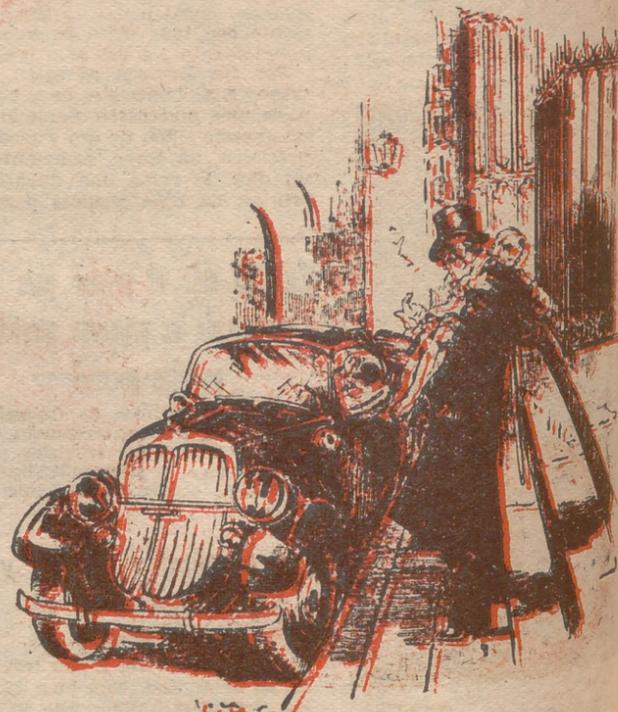
—Juan, a casa.

Volvióse el chófer extrañado de la orden, pero vio el tierno grupo del niño abrazado al cuello de su amo y un gesto de alegría se plasmó en su semblante duro de criado viejo.

¿Qué mosca había picado al señorito? ¿Cómo era posible que abandonara la fiesta del Ritz para llevar a casa aquel arrapiezo y dale calor de hogar y afecto de hermano mayor? ¿Acaso el corazón del señorito Rafael había algo más que egoísmo, presunción, petateo y tontería? Por lo visto, sí. Y Juan, orgulloso esta vez de ser el portador de una buena acción, disminuyó la marcha todo cuanto pudo para que el niño y su amo se conocieran...

Todo era posible bajo el signo luminoso y cristiano de la Nochebuena.

Una estrella fugitiva rasgó con una raya de plata el cielo azul, mientras abajo, el mino de la Bonanova, el magnífico automóvil, trataba de ser felices que no se conocieron ni se comprendieron hasta entonces, iban velozmente en pos de un nuevo y mejor destino.



**EL PEQUE**

**Cupón núm. 6**

Este cupón deberá acompañar a todo trabajo de colaboración que se nos remita.